

2007

"San Miguel de Cervantes que desde elcielo nos esta viendo". (Fernando Vallejo)

Jacques Joset

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Joset, Jacques (Primavera-Otoño 2007) ""San Miguel de Cervantes que desde elcielo nos esta viendo". (Fernando Vallejo)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 65, Article 19.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss65/19>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

**“SAN MIGUEL DE CERVANTES QUE
DESDE EL CIELO NOS ESTÁ VIENDO”
(Fernando Vallejo)**

Jacques Joset
Universidad de Lieja, Bélgica

Esta historia empieza con uno de esos encuentros por encima del tiempo tan reiterativos en las autoficciones de Fernando Vallejo, quien quizá no advirtiera que el funcionario que firmó la tasa de la *Segunda parte del ingenioso cavallero Don Quixote de la Mancha* “a veinte y uno días del mes de octubre de mil y seiscientos y quince años” era un tal “Hernando de Vallejo, escribano de Cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo”.¹ Sobre este contable de pliegos de libros y de reales de la Corte de Felipe III, las ediciones al uso de la obra cervantina no nos dicen nada: sus señas de identidad escaparon de los desastres de la Historia por encabezar, según las normas de imprenta del Siglo de Oro, la segunda parte de la obra más universal de la literatura española. Poco menos de cuatrocientos años más tarde, un tocayo canonizaría a Cervantes a su modo particular.

Las declaraciones de admiración por el *Quijote* se multiplican en las entrevistas de Fernando Vallejo hasta alcanzar la cumbre del discurso sobre la obra cervantina pronunciado con oportunidad del cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Ingenioso hidalgo*. En julio de 1998 y en Barcelona, el único espacio urbano de las dos partes del *Quijote*, Vallejo da una entrevista al corresponsal del periódico *El tiempo* de Bogotá en la que define la literatura con referencia a la novela considerada como la madre de todas las novelas:

La mejor literatura es aquella en la que el gran protagonista es el lenguaje. [...] El *Quijote* es un diálogo largo, larguísimo. De allí que los grandes personajes de la literatura sean el Quijote y Sancho. Son los que han hablado más. La prueba de la importancia del diálogo es que tras su

primera salida don Quijote parece regresar en busca de un escudero. Pero no hay tal. Regresa en busca de un interlocutor, en busca de con quién conversar. Si no, no habría libro.

Y después de rechazar una pregunta sobre García Márquez, se atreve a clasificar a Mujica Láinez como “el más grande prosista del idioma – el más grande escritor es Cervantes, claro – y los únicos que se le han podido acercar, aunque lejos, han sido Azorín y Carpentier.”²

Por lo ambiguo de la frase sin puntuación –agrego yo los guiones largos – tal y como ha sido recogida por el periodista, conviene entender que Azorín y Carpentier ingresan en la categoría de “grandes prosistas” como queda más claro en la entrevista que Fernando Vallejo me regaló años más tarde en la que, eludiendo también una pregunta sobre García Márquez, da una variante de la clasificación de 1998:

A mí me interesan Mariano José de Larra, Azorín y Manuel Mujica Láinez por razones técnicas, por asuntos de oficio, por su prosa, porque fueron los más grandes prosistas de este idioma. Sólo que un buen prosista es una cosa y un gran escritor es otra. Cervantes es un prosista mediocre pero un gran escritor. Y estipulado esto me pregunto: ¿de veras Cervantes hoy me dice algo? Creo que no. Él no alcanzó a captar el horror de la vida. O por lo menos, si lo descubrió, no lo pasó al papel. Los santos son así, medio optimistas.³

Se notará sin sorpresa que Carpentier desapareció de la lista de los “grandes prosistas” probablemente por las mismas razones político-literarias que le han hecho desbarrancar a García Márquez a un infierno ideológico-estético.⁴ Carpentier, en tanto defensor y embajador del régimen de Fidel Castro, debía de ser otro cómplice odiado de la Seguridad del Estado cubano y, a la vez, narrador de tercera persona, de los que Vallejo no podía soportar desde hacía mucho tiempo y quizá desde siempre.

Más sorprendente es la pregunta “¿de veras Cervantes hoy me dice algo?” y la respuesta “Creo que no”, en vista de que mi entrevista a Vallejo aunque publicada en 2006 tuvo lugar el 21 de agosto de 2004, un año antes de su discurso del cuarto centenario. Pero por lo menos no hay contradicción en cuanto a la santidad laica de don Miguel.

Para Vallejo, pues, lo que hace del autor del *Quijote* un “gran escritor” no es la calidad de su “prosa”, o sea su estilo, más bien “mediocre”, sino el hecho de haber elevado el lenguaje al rango de “gran protagonista”. Ahora bien para alguien como Vallejo que se pretende conservador, en especial en todo lo que toca al idioma, le viene de perlas que éste “en tiempos de Cervantes casi no cambiaba”, según declaró en una rueda de prensa al recibir el Premio Rómulo Gallegos para *El desbarrancadero* en 2003.⁵

Todos los documentos mencionados hasta ahora parecen piezas preparatorias a la conferencia dada el 7 de junio de 2005 en el Instituto

Cervantes de Berlín, cuyo texto se publicó en el suplemento cultural del periódico español *El País* el 10 de septiembre de 2005 y en la revista colombiana *SoHo* del 13 de noviembre de 2005, bajo el título de “El gran diálogo del *Quijote*”.⁶ Y como de costumbre en Fernando Vallejo, reaparecerán a veces literalmente argumentos ensayados en intervenciones anteriores los cuales, por lo tanto, se convierten en el esqueleto del discurso cumbre.

El idioma como protagonista del *Quijote* se personaliza en 2005 por ser el mismo del *yo*, ya que – dice – “en esencia soy español, pues pienso en español, sueño en español, hablo en español, blasfemo en español y me voy a morir en español”, de tal forma que “el gran diálogo del *Quijote*” es también y quizás antes que nada “el diálogo que les digo con el que les digo” (p. 12), o sea con “san Miguel de Cervantes que desde el cielo nos está viendo” (p.15).

Es así como explaya en los mismos términos la idea expresada en 1998 según la que el *Quijote* es antes que nada diálogo:

Un gran diálogo entre don Quijote y Sancho con la intervención ocasional de muchos otros interlocutores, y con Cervantes detrás de ellos de amanuense o escribano, anotando y explicando. [...] Y he aquí la razón de ser de Sancho Panza y la explicación de la primera de las tres salidas de don Quijote, que fue una salida en falso. Don Quijote sale solo y una veintena de páginas después Cervantes lo hace regresar. ¿A qué? ¿Por dinero, unas camisas limpias y un escudero que se le olvidaron, según dice? No, lo que se le olvidó fue algo más que el dinero, las camisas y el escudero, se le olvidó el interlocutor, y sin interlocutor no hay *Quijote*. (p. 13)

De ahí que, repitiendo con *amplificatio* lo dicho al corresponsal de *El tiempo*, Fernando Vallejo no vacile en tildar a don Quijote de

personaje más contundente de la literatura universal, ¿y saben por qué? Porque es el que habla más. Y el que habla más es el que tiene más peso. Para eso le puso Cervantes a su lado a Sancho, para que pudiera hablar y Sancho a su vez le devolviera sus palabras cambiadas, como las cambia el eco. (pp. 13-14)

Por otra parte, si Cervantes es un “gran escritor” es, según el Vallejo de la conferencia de 2005 que va más allá del criterio de 1998 y de 2004 explicitándolo, porque era “mal prosista”. Vale la pena releer la argumentación integral que vincula ambos conceptos mediante la causalidad:

El *Quijote* no tiene defectos: los defectos en él se vuelven cualidades. ¿Cómo va a ser un defecto, por ejemplo, la prosa desmañada de Cervantes, la del escribano que va detrás de don Quijote y Sancho anotando lo que dicen y explicando lo que les pasa? Todo lo que dice don Quijote es

maravilloso, todos sus parlamentos y réplicas, largas o cortas, y sus insultos, sus consejos, sus arengas, todo, todo. Si la prosa de Cervantes lo fuera, las palabras de don Quijote serían opacadas por ella o cuando menos contrarrestadas. No es concebible el *Quijote* narrado en la prosa de Azorín o de Mujica Láinez. Azorín y Mujica Láinez son grandes prosistas, pero no grandes escritores. El gran escritor es Cervantes. Inmenso. Y su instinto literario, certero como pocos, le indicaba que la única forma posible de intervenir él era en una prosa deslucida y torpe, la cual, dicho sea de paso, no le costaba gran trabajo pues no sólo era mal poeta sino mal prosista. (p. 13)

Todo, pues, es cuestión de lenguaje, de uso de la lengua, no de belleza estilística que estropearía el fluir del habla del protagonista, sus cómplices, adversarios y gente de a pie que los vericuetos de la historia ponen en el camino de don Quijote.

Sin embargo, Cervantes tuvo la suerte de vivir en una época en la que, como dijo Vallejo en 2003, el idioma “casi no cambiaba”. Si bien se podría aducir que sí, que en tiempos del *Quijote* el español entraba en el proceso histórico que lo llevaría a su aspecto actual en cuanto a morfología y sintaxis,⁷ podemos admitir que cambiaba menos rápidamente que ahora, cuando menos en el léxico que sufre la aceleración histórica global. De todas formas este criterio conservador le da pie a Vallejo para increpar otra vez a los que estropean la lengua, la arruinan y la mandan al cementerio:⁸

Así me quiero morir yo, tratando de apresar este idioma rebelde hecho de palabras de viento, y llorando en mi interior por él, por lo que no tiene remedio, por el adefesio en que me lo ha convertido el presidente Fox de México. ¡Pobre lengua española! ¡Haber subido tan alto y haber caído y servir hoy para rebuznar! En homenaje a César Oudin, primer traductor del *Quijote* al francés y gramático insigne, y en recuerdo de la *Hispanica lingua* que un día fue y ya no es, *in memoriam*, guardemos un minuto de silencio. (p. 14)

Y el insigne gramático normativo Fernando Vallejo concluye su diatriba y lamento sobre la muerte de la lengua:

Señores, les pronostico que en el 2105, en el quinto centenario del gran libro de Cervantes, no habrá celebraciones como éstas. Dentro de cien años, cuando al paso a que vamos el *Quijote* sean puras notas de pie de página, ya no habrá nada que celebrar, pues no habrá *Quijote*. La suprema burla de Cronos será entonces que tengamos que traducir el *Quijote* al español. ¿Pero es que entonces todavía habrá español? ¡Jua! Permítanme que me ría si a este engendro anglicizado de hoy día lo llaman ustedes español. Eso no llega ni a *espanglish*. (p. 15)

Pero el discurso del cuarto centenario agregará una pieza fundamental al esqueleto argumentativo ya construido. Se trata de una técnica narrativa

esencial a los ojos de Vallejo, o sea el empleo de la primera persona y el rechazo de la tercera en el *Quijote*, otra cuestión de lenguaje pues, que el autor de *El río del tiempo* zanjará a su manera, definitiva, y prescindiendo de los análisis previos, múltiples y a veces en exceso sofisticados de los narratólogos que discutieron *usque ad nauseam* de los puntos de vista narrativos y focalizaciones en el *Quijote*.⁹

Según Vallejo, en el “no quiero” de la inolvidable frase inicial (“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, [...]”) está “la clave del milagro, su secreto”:

Parodia de lo que se atravesase, el *Quijote* se burla de todo [...] en primer lugar y ante todo, se burla de sí mismo y del género de la novela de tercera persona a la que aparentemente pertenece y del narrador omnisciente, ese pobre hijo de vecino inflado a más, como Dostoievsky, que pretende que lo sabe todo y lo ve todo [...] ; Al diablo con Dostoievsky, Balzac, Flaubert, Eça de Queirós, Julio Verne, Cronin, Zola, Blasco Ibáñez y todos, todos, todos los narradores omniscientes de todas las novelas dañinas de tercera persona que tanto mal les han hecho a los zafios llenándoles de humo los aposentos vacíos de sus cabezas! ¡Novelitas de tercera persona a mí, narradorcitos omniscientes! ¡Majaderos, mentecatos, necios!

¿Y el *Quijote* qué? ¿No es pues también una novela de tercera persona de narrador omnisciente? ¡Pero por Dios! ¡Cómo va a ser una novela de tercera persona una que empieza con “no quiero”! Lo que es una maravilla. En el *Quijote* nada es lo que parece: una venta es un castillo, [...] y una novela de tercera persona es de primera. (pp. 12-13)

No se puede decir más claro que el “diálogo del *Quijote*” es antes que nada un diálogo con el *Quijote* de quien en *El desbarrancadero* y en todas partes repite como una letanía “Yo soy novelista de primera persona.”¹⁰ A la nómina de narradores omniscientes de tercera persona falta Gabriel García Márquez que a la altura de 2005 había sido ya lo suficientemente agredido por Vallejo sobre la cuestión del punto de vista narrativo a no ser que fuera, como dije en otra parte, otra forma de ningunearlo y de borrarlo de la historia de la literatura colombiana.¹¹

Otro acercamiento de textos incrementa el alcance de este diálogo ya que desemboca en una identificación entre el viejo (avatar del *yo*) de *La Rambla paralela* y el mismo autor del *Quijote*. Compárense:

Poca más atención les prestó el viejo a las noticias, preocupado como andaba por lo propio: por la “intraducibilidad” al alemán de sus libros dada la escasez de insultos en esa pobre lengua pendeja.¹²

Y, dirigiéndose en 2005 al público, que se supone alemán, del Instituto Cervantes de Berlín:

Me dicen que el alemán tiene pocos insultos. ¡Pobres! ¿Cómo le harían para traducir el *Quijote*? ¿No pierde mucho vertido a esa lengua atildada y filosófica nuestro cervantino *hideputa*? O planteado de otra manera: ¿se puede desquiciar en alemán el alma humana? (p. 14)

Y de paso, el contraste entre la forma cervantina “hideputas” frente al “hijueputas” colombiano se observa en *La Rambla paralela* (2002).¹³

También varias reminiscencias de sus autoficciones sin relación directa con la escritura cervantina le sirvieron a Vallejo para armar su conferencia del cuarto centenario. Ya en *Los días azules* había contado la historia del pleito eterno del abuelo contra su sobrino Nicolás:

Ahora está el abuelo sentado a la mesa del comedor. Tiene instalada su máquina Rémington de escribir (que casi conoció Gutenberg), y redacta un memorial. [...] Luego sigue el Consejo de Estado, y agotado el Consejo sigue la Corte Celestial: allí lo habrán de fallar. “Abuelito”, ¿por qué no le limpiás las letras a esa máquina? La ‘a’ parece una ‘o’ y la ‘o’ parece una ‘e’”. No, no se las limpia: así se confunden más.¹⁴

He aquí ahora la versión de 2005:

Estos embrollos de Cervantes y esas cuentas de don Quijote me recuerdan la máquina de escribir de mi abuelo, en la que escribía sus memoriales, los interminables memoriales de un pleito que arrastró treinta años del juzgado al tribunal y del tribunal a la corte, hasta que se lo falló, por fin la muerte, pero no en la Corte Suprema de Justicia de Colombia, que está tan en bancarrota como el resto del país, sino en la celestial. Le fallaron en contra. Y pese a lo bueno que fue lo mandaron a los infiernos porque vivió esclavo del terrible pecado de la terquedad. [...] Era una terquedad ciega y sorda, que no oía razones, y su máquina una Rémington vieja y destartada, de teclas desajustadas y con las letras sucias, que jamás limpió. “Abuelito – le decía yo –, ¿por qué no limpiás esas letras, que la a parece e y la o parece ene?”. “No”, decía, “así enredan más”. (p. 12)

Colocado en lo más alto de la escala personal de los valores literarios de Vallejo, que tiene un número más bien reducido de escalones, el *Quijote* es también referencia de la bondad humana (cosa rara bajo su pluma) y de la locura (cosa desbordante) en *Los días azules* (1985):

Gran señor, todo un hidalgo, un gran caballero, algo de Don Quijote tiene el vecino de mi abuela, don Alfonso el Bueno. Años después don Alfonso cambió. Dejó de trabajar y empezó a rumiar. No volvió a salir de sus labios una sola parábola, un solo sermón, y dejó de venir a Santa Anita. Taciturno, montaraz, reconcentrado, si abría la boca era para soltarle a alguien una sarta de palabrotas, para echarle encima un baldado de vulgaridad. (p. 89)

Es el mismo don Alfonso Mejía que Vallejo evocará en 2005:

Tenía mi abuelo, el de la máquina de las aes y las ees, un amigo de su edad, don Alfonso Mejía, hombre caritativo y bondadoso que se pasaba citando historias edificantes y vidas de santos y rezando novenas. Mayor pulcritud de lenguaje y alma, imposible. [...] Pues he aquí que un día, como a don Quijote, se le botó la canica. Y el pulcro, el ejemplar, el bien hablado de don Alfonso Mejía el bueno, el de alma limpia, mandó a Dios al diablo y estalló en maldiciones. (p. 14)

Si bien no le falta gracia a la manera de contar la anécdota, la comparación es tópica. Por lo demás Cervantes reaparecerá en *Los días azules* como ejemplo del afán enciclopédico del narrador, quien cuando era niño quería saberlo todo entre otros posibles e imposibles de la enumeración: “¿Y que habría podido pensar Cervantes de los hermanos Karamazov desde su limitado horizonte español? ¿Y de Cervantes, qué habría podido pensar Omar Khayyam?” (*El río del tiempo*, p. 129) Por fin en *Mi hermano el alcalde* (2004) la ínsula Barataria de Sancho Panza es metáfora de una “franja de tierra movediza” del río Cartama cuya propiedad reivindican dos familias.¹⁵

La presencia del *Quijote* en las autoficciones de Vallejo es más bien discreta, tópica, de poca sustancia o como material anecdótico reciclado en el discurso de Berlín sin relación con Cervantes.

¿No será esa discreción de las menciones a Cervantes en la obra impropiamente llamada creativa de Vallejo la razón de la reflexión inédita hasta entonces y, que yo sepa, nunca repetida, que me confiaba en 2004 para la entrevista publicada en 2006?¹⁶ Acuérdense: “[Cervantes] no alcanzó a captar el horror de la vida. O por lo menos, si lo descubrió, no lo pasó al papel.” ¿Y qué son en su mayor parte *El río del tiempo*, *La Virgen de los sicarios*, *El desbarrancadero*, *La Rambla paralela* y *Mi hermano el alcalde* sino relatos de horrores de la vida?

NOTAS

1 Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de lectores – Centro para la edición de los clásicos españoles, 2004, p. 663.

2 Juan Carlos Iragorri, “Cada día se escribe peor”, in *El tiempo*, sección Cultura, 12 de julio de 1998 (consultado el 02.02.2009 en el sitio www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-814084).

- 3 Jacques Joset, “Entrevista a Fernando Vallejo”, in *Revista Iberoamericana*, LXXII, 2006, pp. 653-655 (cita de las pp. 654-655).
- 4 Fernando Vallejo, “Cursillo de orientación ideológica para García Márquez”, in *El Malpensante* (Bogotá), núm. 13, noviembre-diciembre de 1998, pp. 44-67. Véase Jacques Joset, “Fernando vs. Gabo”, en prensa.
- 5 Véase *Letralia. Tierra de Letras*, VIII, n° 97, 4 de agosto de 2003 (consultado en el sitio www.letralia.com/texto/letra097.txt).
- 6 Fernando Vallejo, “El gran diálogo del Quijote”, in *Babelia*, suplemento cultural de *El País*, 10/09/2005, pp. 12-15, cuyo texto citaré y a cuya paginación remito; *SoHo*, n° 67, 13/10/2005 (consultado en el sitio www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=3441).
- 7 Véase tan sólo Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, Escelicer, 1968 (7ª ed.), pp. 243-267 (Cap. XIII. El español del Siglo de oro. Cambios lingüísticos generales) y en particular p. 243: “El español áureo, mucho más seguro que el de la Edad Media, era, sin embargo, un idioma en evolución muy activa. [...] hay una labor de selección entre sonidos, formas y giros coincidentes, que condujo a considerable fijación de usos en la lengua literaria, y, en menor grado, en la lengua hablada también.”
- 8 Véase Jacques JOSET, “La muerte y la gramática: para una lectura metalingüística de *La rambla paralela* de Fernando Vallejo”, in *Hispanérica*, XXXIV, núm. 101, 2005, pp. 25-38 [también in *Aleph*, 19, enero 2005, pp. 27-44].
- 9 Me contentaré con mencionar el libro de James A. PARR, *Don Quixote: An Anatomy of Subversive Discourse*, Newark (Delaware), Juan de la Cuesta, 1988, donde se hila finísimo la problemática de los narradores de la obra cervantina.
- 10 Fernando Vallejo, *El desbarrancadero*, Madrid, Alfaguara, 2001, p. 74.
- 11 Véase la nota 4.
- 12 Fernando Vallejo, *La Rambla paralela*, Madrid, Alfaguara, 2002, p. 102.
- 13 Fernando Vallejo, *La Rambla paralela*, Madrid, Alfaguara, 2002, p. 74.
- 14 Fernando Vallejo, *Los días azules*, in *El río del tiempo*, Bogotá, Alfaguara, 2003 (1ª reimpresión de la 2ª ed.), p. 157. Citaré esta obra directamente en el texto, remitiendo a la paginación de esta edición.
- 15 Fernando Vallejo, *Mi hermano el alcalde*, México, Alfaguara, 2004, p. 61.
- 16 Digo “impropiamente” porque las biografías de Porfirio Barba Jacob y José Asunción Silva, el panfleto anticlerical *La puta de Babilonia*, las obras “científicas” de desmitificación de Darwin y Newton así como la primera de todas *Logoi. Una gramática del lenguaje literaria*, son tan de “creación” como las autoficciones. Sólo que pertenecen a registros diferentes.